

RESEÑAS



LIBROS

Rodrigo Parra Sandoval

La Educación rural en la zona cafetera colombiana, UNESCO/CEPAL/PNUD, Proyecto "Desarrollo y Educación en América Latina y el Caribe", Buenos Aires, 1978, 83p.

Las investigaciones sobre educación rural en Colombia, y en general en América Latina, presentan características muy especiales. En su mayoría, son un conjunto de informes estadísticos donde se habla del tamaño de la matrícula, la edad y el sexo de los estudiantes, la baja capacidad de absorción de las escuelas en relación al total de la población en edad escolar; el volumen de maestros, su clasificación por categorías, el porcentaje de hombres y mujeres, sus años de experiencia, su nivel educativo y su limitada formación pedagógica. A ellos se agrega una obligada descripción de los rasgos físicos de los locales escolares y algunas noticias sobre la escasez o ausencia total de ayudas educativas en los planteles. Estas investigaciones están dirigidas generalmente a mostrar la deprimente situación de la educación en los medios rurales, y se han vuelto tan reiterativas, que apenas logran impresionar a los responsables de la política y la planeación educativas.

Al cuadro anterior se suman las discusiones aportadas por los pedagogos sobre el diseño de la educación rural. Numerosos estudios orientados en esta dirección, recalcan la inadecuación de los contenidos respecto a las necesidades de las áreas rurales, y la importancia de acoplar los programas según las características del medio social y económico dentro del cual se desenvuelve la labor escolar. Para adelantar esta tarea se ha desarrollado una antigua estrategia socio-pedagógica conocida con el nombre de "Escuela y Comunidad", bastante familiar a todos aquellos que han pasado por una Normal o una Facultad de Educación. Allí se parte de la idea de que las comunidades son grupos de individuos ligados por un modo estandarizado de vida (costumbres, creencias, normas, etc.) que el maestro debe tener presente para poder adelantar con éxito su labor educativa. Las comunidades son definidas como especies de organismos cerrados y autosuficientes, que funcionan a través de un consenso donde no existen conflictos de clase sino algunas diferencias que el sistema de valores compartido por los integrantes, logra neutralizar cuando surgen a la superficie social. Dentro de este contexto, el maestro es definido como un agente de cambio, cuya tarea es facilitar las condiciones para acelerar los procesos de modernización según los cánones establecidos por los centros urbanos. En los inventarios bibliográficos sobre educación, abundan esta clase de estudios que cobran la forma de diagnósticos o trabajos prospectivos dirigidos a ilustrar las características demográficas, económicas y sociales de una zona rural donde se adelanté, o se pensó adelantar, un programa educativo.

Estas versiones dominantes de la investigación, informes estadísticos y diagnósticos socio-demográficos de comunidades, dejan de lado las relaciones más significativas que la institución escolar establece con las dimensiones de la estructura social de las áreas rurales. Las formas de tenencia de la tierra, el grado de desarrollo o atraso tecnológico de

las explotaciones agrícolas, la amplitud o estrechez de las posibilidades ocupacionales, las diferencias y conflictos de clase, la distribución del poder local y sus conexiones con los centros de gestión política, están ausentes en este tipo de investigaciones. La ingenuidad teórica extraída del marco de referencia alimentado por la concepción "Escuela y Comunidad", no logra iluminar las transformaciones del agro y sus repercusiones en la vida escolar. Al definir las comunidades como entidades autosuficientes, con una vida autónoma respecto de los centros industriales y del poder político, crea una imagen distorsionada que tiene que ver más con los cuadros idílicos de la literatura pastoril que con los hechos reales de la dinámica de los medios rurales.

Frente a estas limitaciones es necesario emprender un nuevo examen con una óptica diferente. El estudio de la educación rural debe partir del hecho de que el campo no es una zona aislada y autosuficiente con una dinámica propia; su actividad económica está estrechamente relacionada con los cambios en la industria y las fluctuaciones del mercado internacional. Su población está en permanente contacto con los centros urbanos por medio de las relaciones de mercado y los crecientes procesos migratorios, que se multiplicarán aún más en el futuro si una expansión de la escolarización no va ligada a un acrecentamiento de las posibilidades ocupacionales y a un mejoramiento de los niveles de vida rurales. Esta óptica permite una mayor amplitud de observación para evaluar el impacto y las consecuencias de un programa educativo, y ofrece mayores niveles de confiabilidad para la planeación de políticas sociales dirigidas a las áreas rurales.

El trabajo de Rodrigo Parra Sandoval, **La educación rural en la zona cafetera colombiana**, es un esfuerzo importante en esta dirección. Su objetivo central es mostrar los procesos sociales que configuraron el desarrollo de las zonas cafeteras y sus incidencias en la educación. Para tal efecto, el autor elaboró un marco de referencia que permitiera explicar las diferencias socioeconómicas que presentan las distintas regiones de los países de América Latina. Este análisis regional parte del hecho de que los grandes procesos de desarrollo económico experimentados por los países del área, han repercutido en forma diversa en cada una de sus zonas. La causa fundamental de tales diferencias, proviene de los contactos que un país establece con los elementos más avanzados del modo de producción capitalista, en tal forma que algunas regiones se especializan, a través del intercambio dentro del cual participan, en la extracción de materias primas, mientras otras lo hacen por medio de la producción industrial o la explotación agrícola para un consumo predominantemente externo. Los énfasis y las peculiaridades de estos contactos, como el tipo de especialización derivada de ellos, determinan las diferencias ocupacionales de una región y las formas como la población organiza su vida económica y social. El sistema educativo tiende a calcar y reforzar esta situación al concentrar sus efectivos en aquellas zonas donde existen más posibilidades de inserción ocupacional —como los centros urbano-industriales y las áreas rurales de mayor crecimiento económico. Este fenómeno se presenta con tal vigor, que las regiones más pobres que hacen algunos esfuerzos por invertir en educación, al final descubren que [os escasos egresados de sus instituciones toman el rumbo de las regiones más prósperas, activando así su situación de subdesarrollo educativo. O en otras palabras, las más atrasadas contribuyen al financiamiento de la calificación de los recursos humanos de las más desarrolladas.

Para llenar su cometido, el autor resume en dos capítulos las líneas generales del desenvolvimiento del café desde el auge antioqueño de finales del siglo XIX hasta nuestros días (es poco o nada lo que se dice sobre las regiones de Santander y Cundinamarca donde el cultivo del café tuvo su primer impulso). De allí extrae las

características regionales de la zona cafetera que va a usar para el análisis de la educación. Siguiendo de cerca la literatura sobre el tema, afirma que el rasgo fundamental del contexto social de las áreas cafeteras es la conformación de una economía agraria con predominio de medianos productores y el surgimiento de una sociedad rural de clase media. Esta economía descansa en la explotación de un producto dirigido al comercio internacional, de cuyas fluctuaciones depende su florecimiento o su ocaso. Los efectos de la expansión cafetera fueron múltiples y han sido suficientemente recordados por los estudiosos: activé el desarrollo de las comunicaciones, proporcionó una fuente estable de trabajo para amplios sectores campesinos, proporcionó la base para la creación de un mercado interno al incrementar la capacidad adquisitiva de propietarios y trabajadores, y aceleré el surgimiento de una burguesía nacional que invirtió sus excedentes en faenas relacionadas con la industria.

¿Cómo se comportó la educación frente a todo esto? Un problema inicial es tratar de dilucidar si la educación antecedió o siguió al auge cafetero. Los pocos datos conocidos muestran que Antioquia hizo algunos esfuerzos a lo largo de la segunda mitad del Siglo XIX por aumentar su enseñanza primaria, dejando atrás a las demás regiones del país³⁸. No obstante este hecho, la explicación ofrecida por el autor no es lo suficientemente clara y convincente. Remitiéndose a la **Historia económica de Colombia** de McGreevey, tan sugerente en ciertos casos como impreciso en la mayoría de ellos, Parra Sandoval afirma que la expansión de la enseñanza primaria en Antioquia es anterior al auge del café, y explica el fenómeno como producto de la existencia de una clase media rural y de un sentimiento de igualdad social arraigado en su población³⁹. ¿Es posible identificar mecánicamente la clase media rural con mayores aspiraciones educativas? ¿Estaba este sector social suficientemente desarrollado cuando la educación dio sus primeros impulsos? No creo que la explicación presentada sea satisfactoria, sobre todo para el comienzo de una transformación escolar como la que debió ocurrir a finales del siglo XIX. Aunque todavía no se dispone de estudios sobre la materia, la respuesta a este problema hay que buscarla por el lado de las decisiones políticas auspiciadas por influyentes grupos urbanos con imágenes societales de modernización y cambio social. Se caería en un simplismo extremo atribuir todo el “milagro” antioqueño a la existencia de una clase media rural más o menos amplia.

La relación entre educación y café parece mucho más estrecha durante la primera mitad del siglo XX. Los datos presentados por Parra Sandoval (censo de 1951) muestran claramente que las regiones cafeteras (Antioquia, Caldas y Valle) contaban con los porcentajes más elevados de población rural alfabeta respecto de las demás regiones del país. Este hecho es todavía más importante cuando se recuerda que los tres Departamentos mencionados tenían en 1951 una proporción significativa de población rural (60%) que sumada alcanzaba la tercera parte de la población rural total de Colombia. Los datos muestran además, que en las zonas cafeteras la enseñanza primaria se había expandido a un ritmo mayor: “En 1947 y 1948 —escribe el autor— Antioquia, Valle y Caldas mostraban las más altas proporciones de matrícula primaria con respecto a la relación de sus poblaciones con el total nacional” (p. 46). Cuando se miran las estadísticas del lado urbano, se encuentra que los Departamentos cafeteros también ocuparon los primeros puestos en la escena nacional. Las diferencias son aquí, sin

³⁸ Ver: Roger Brew, *El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920* (Bogotá: Talleres Gráficos del Banco de la República, 1977), pp. 79 y 80; y Miguel Urrutia Montoya, “La educación y la economía colombiana”, *Revista del Banco de la República* (Diciembre de 1976), p. 1572.

³⁹ William Paul McGreevey, *Historia económica de Colombia, 1845-1930* (Bogotá: Tercer Mundo, 1975), pp. 237 y 238.

embargo, mucho más pequeñas dado que la urbanización tiende a homogeneizar el alfabetismo e invalidar una relación estrecha entre diferencias regionales y nivel de alfabetismo. Cabe recordar que los medios urbanos modernos son por excelencia ambientes de altas demandas educativas, donde los individuos deben poseer como mínimo las más rudimentarias habilidades en la lectura y la escritura para poder actuar con alguna eficacia en el modo de vida imperante en las ciudades. De todos modos, las zonas cafeteras sufrieron una considerable expansión urbana e industrial durante las primeras décadas de este siglo que les permitió sostener un correspondiente liderazgo en su desarrollo escolar. El crecimiento industrial se apoyó básicamente en capitales nacionales generados por los excedentes cafeteros, y estuvo concentrado en la producción de bienes de consumo (textiles y alimentos) - Pero cuando a partir de los años cuarenta surge en el país un proceso de urbanización e industrialización de nuevo cuño no directamente asociado a la industria del café, la supremacía educacional deja de ser característica distintiva de algunas zonas cafeteras. El ejemplo más acabado de esto último fue el Departamento de Caldas, región que se marginó de la expansión industrial impulsada por la inversión extranjera volcada sobre sectores modernos como la industria química y la metalmecánica. Parra Sandoval resume estos cambios con las siguientes palabras:

..... la zona cafetera occidental logró un desarrollo mayor en educación primaria hasta 1940, (pero **G.C.**) de mitad de siglo en adelante la parte del país (y de la zona cafetera que se industrializó más y que pasó a una forma de agricultura comercial) empezó a mostrar un desarrollo educativo más rápido, mientras Caldas, que no entró en la tendencia industrializadora, sufrió un estancamiento relativo respecto de las otras regiones” (p. 56).

Además de los aspectos económicos y sociales mencionados, los procesos de urbanización e industrialización y la existencia de una clase media rural, el autor adiciona otra variable para explicar las peculiaridades del desarrollo educativo en las zonas cafeteras de occidente: la familia. Pero antes de entrar en materia emprende una serie de rodeos sobre las funciones económicas de los grupos familiares en los medios cafeteros de clase media. Nos dice por ejemplo, que el rasgo característico de la explotación cafetera es la empresa familiar, donde hombres, mujeres y niños desempeñan las más diversas actividades durante las distintas etapas de cuidado y recolección del grano. A este modelo de explotación corresponde una estructura familiar férrea, con concepciones religiosas muy acentuadas y una valoración extrema de la familia monogámica alrededor del matrimonio católico. Allí no hay cabida para otro tipo de uniones; la mujer es una esposa, una soltera o una religiosa, y en caso de no hallarse en ninguna de las tres situaciones, es sólo una prostituta. Ahora ¿Qué tiene esto que ver con educación? El autor es aquí muy ingenioso como sorprendente. Citando los datos de una encuesta de la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda⁴⁰, encuentra que existe una relación positiva entre tipo de unión (legal o consensual) y nivel educativo. Los grupos en unión consensual portan niveles educativos manifiestamente más bajos que los de unión legal, y además, las uniones consensuales y las desechas se sitúan en los grupos de más bajos ‘ingresos mientras que las legales poseen ingresos relativamente altos⁴¹. Según el rodeo inicial, todo esto quiere decir que como en las comunidades antioqueñas predominan las uniones legales y sus ingresos de empresa familiar de clase media rural son más o menos altos,

⁴⁰ Virginia Gutiérrez de Pineda, *Estructura, función y cambio de la familia en Colombia* (Bogotá: Asociación Colombiana de facultades de Medicina, 1975 1976), 2 vols.

⁴¹ Estos son por lo demás los únicos datos que el autor trae en su sección sobre el papel de la familia en las zonas cafeteras (pp. 36-40) que tienen alguna relación con educación.

su inclinación por la educación es un fenómeno natural. El mismo autor se refiere a estos hallazgos con la seguridad de haber encontrado un resultado importante:

“Estos datos ejemplifican las múltiples relaciones que se generan entre elementos culturales de la institución familiar, la inserción de la familia en la estructura económica y el papel de la educación” (p. 39).

No negamos la posibilidad de que exista una relación significativa entre la institución familiar y la educación en las zonas cafeteras, pero sí es necesario anotar que el tratamiento debe ser más refinado. Las comprobaciones indirectas, de las cuales abunda el trabajo de Parra Sandoval, crean mayor número de problemas metodológicos de los que intenta resolver. Una comprobación directa sería por ejemplo, establecer que las familias antioqueñas como institución demandan más educación que otros grupos familiares del país, o que los padres antioqueños poseen mayores aspiraciones educativas respecto a los de otras regiones. Ninguna de estas direcciones es explorada por el autor, dejando en el lector la sensación de que el problema ha sido planteado más no resuelto.

No obstante las limitaciones mencionadas, el trabajo de Rodrigo Parra Sandoval sobre La educación rural en la zona cafetera colombiana reviste una gran importancia. Constituye el primer esfuerzo en el país por observar bajo una perspectiva sociológica las relaciones entre la educación y la estructura social de las áreas cafeteras. Se deja de lado la ingenuidad teórica y metodológica de los estudios tradicionales sobre educación rural, y se reivindica la legitimidad del uso de la teoría sociológica para iluminar la dinámica del agro y sus repercusiones en la educación. Y a pesar de que buena parte de su contenido es todavía un inventario de problemas que exigen un tratamiento analítico más detenido, los asuntos tratados serán retomados por los futuros investigadores con la conciencia de que el camino ya ha sido abonado. El trabajo ofrece igualmente un marco teórico de gran utilidad para el análisis regional, que permite visualizar las diferencias económicas internas de los países latinoamericanos y sus incidencias en los niveles sociales y culturales. Estas dos cualidades son más que necesarias para recomendar la lectura del trabajo de Parra Sandoval, donde sin duda alguna, los investigadores encontrarán una fuente de estímulos para desarrollar nuevos estudios sobre el tema.

Gonzalo Cataño